

## EL ESPEJO

Autor: Ruben Espino López

21 de enero de 2013

Por fin había llegado el día que durante tanto tiempo había esperado. Hacía ya casi un año desde que comenzaron a escribirse a través de internet, y si cierto era que el inicio de aquella relación a distancia fue una tabla de salvación en su apática existencia, no menos cierto era que hacía ya meses que se le hacían insoportables las continuas evasivas de Anaira a la hora de concretar una cita en el mundo real.

La quería, la quería mucho; más de lo que nunca sospechó que se pudiera querer a alguien a quien aún no se hubiera conocido... en persona. Y habían llegado a conocerse bien, o eso al menos creía él, porque nunca antes se había abierto tanto a nadie. Cada día a las siete en punto de la tarde se sentaba frente a la pantalla del ordenador, preparado para compartir con ella las tres horas siguientes, para ver su preciosa cara al otro lado; su media melena rubia, sus ojos azul claro imposible, sus labios... esos labios que no le dejaban dormir.

A menudo se reía de sí mismo sabiéndose preso en aquella red que unía y separaba al mismo tiempo a personas incapaces, por una u otra razón, de entablar una relación cercana, física, humana; y lo hacía recordando la opinión que antes de conocer a Anaira tenía de todo avance tecnológico.

Fueron máquinas automatizadas las que le dejaron en el desempleo tras 7 años de trabajo en el peaje de la autopista. Frías máquinas las que ahora le atendían al solicitar una cita médica, las que le informaban, cada vez con más habitualidad, de que su saldo bancario estaba agotado. Pero ahora todo eso daba igual, porque la tenía a ella, y porque hoy era el día... lo sabía.

El reloj analógico situado en la esquina superior derecha de la pantalla señaló por fin las 7 en punto de la tarde.

-Hola Jorge. —dijo ella con una sonrisa forzada.

-Hola Anaira... estás preciosa. —sus palabras cargadas de significado atravesaron la pantalla envueltas en el mismo fuego que quemaba a Jorge por dentro. Era tanto lo que quería expresar.

-Gracias... tenemos que hablar Jorge.

-Lo sé cariño, lo sé. No te imaginas lo largas que se me han hecho las últimas 21 horas.

Jorge alargó sus manos hasta una carpeta situada en la parte trasera del escritorio, fuera del ángulo de visión de Anaira. Cuando volvieron a aparecer sostenían dos billetes de avión. Anaira los observó sin decir palabra. Destino aeropuerto de Heathrow, Londres. Fecha y hora de embarque viernes siguiente a las 10 de la noche en el aeropuerto El Prat de Barcelona.

-Jorge...

-Es un poco precipitado, lo sé, pero llevaba tanto tiempo esperando que no he querido esperar ni un segundo. He reservado todo el fin de semana en el *The Leonard Hotel*. —algo no marchaba bien.

-Jorge...

-Me han dicho desde la agencia que hasta mañana puedo modificar la reserva sin coste adicional, así que si no te convence podemos decidir juntos adónde ir. –dijo mientras una lágrima se descolgaba lentamente por la mejilla de Anaira.

-¡Cariño, me estás asustando, que ocurre!

-No puedo Jorge. –las lágrimas surcaban ya a raudales su compungido rostro, y sus ojos eran incapaces de mirar a la pantalla.

-Pero... no entiendo Anaira, creía que... -la mirada perdida de Jorge buscaba la de Anaira con desesperación, tratando de entender lo que estaba ocurriendo.

-Puedo esperar. –continuó al fin –esperaré tanto como sea necesario, pero no llores por favor, no puedo soportarlo.

- No lo entiendes Jorge, lo he alargado demasiado tiempo. Nada de esto es real ¡Nada! Llevamos un año viviendo una ficción, dentro de un programa de entretenimiento de una conocida empresa especializada en realidad virtual. No iremos a Londres porque no existe un tú y un yo, no existen dos personas de carne y hueso... nunca podrás sentir mis labios, ni pasaremos de la mano, ni haremos el amor.

Jorge intentaba buscar sentido a todo aquello. No podía creer que Anaira, centro de su vida, fuera algo virtual. Que todo lo que creía saber sobre ella fuera parte de una biografía de ficción fabricada por encargo.

-¡Basta ya Anaira! ¡Si quieres acabar con lo nuestro... si quieres acabar con mi vida, hazlo al menos diciéndome la verdad, y hazlo cuanto antes! ¿Quieres que crea que no eres real, que no existes? –escupió Jorge, mezclando en sus palabras la decepción, la angustia y la cólera que se habían desatado en su interior.

-Sigues sin entenderlo amor mío. No soy yo quien no es real, eres tú. –dijo Anaira, mirándole a los ojos con una serenidad y una convicción que hicieron estremecer las entrañas de Jorge.

Una risa histérica brotó a carcajadas de su garganta perdiendo definitivamente el control. Saltó de la silla y comenzó a dar vueltas por la habitación.

-¡No soy real! ¡No soy real! ¡Esta sí que es buena! No te conozco, realmente no te conozco. En eso tienes razón. Hay que ser mezquina para inventarse una cosa así para acabar con lo nuestro. Ser mezquina y estar realmente mal de la cabeza al mismo tiempo. ¿Ves esta lámpara de mesa? Pues mi real mano va a estampar esta real lámpara contra mi real pared. ¿Lo estás viendo? Gritó mientras los añicos de la tulipa y de la bombilla se esparcían por toda la habitación.

Anaira miraba inmóvil desde el otro lado de la pantalla. Jorge volvió a sentarse con el gesto aún descompuesto. La miró a los ojos y habló en un susurro.

-¿Por qué haces esto? Quiero entenderlo. –Anaira continuó.

-Llevas el nombre de mi marido; murió hace 2 años. Su pérdida se me hacía insoportable y una amiga me habló de un programa de animación, de realidad virtual, que podía serme de ayuda. Mi psiquiatra me dio el visto bueno bajo su supervisión y con carácter transitorio. –fue Anaira quién alargó esta vez su mano hacia la parte de atrás de su escritorio trayendo al frente una foto de boda.

Jorge observó la foto sin dar crédito. Era ella, sin duda, pero al pie leía Elena. Y la fecha... era imposible. Miró su calendario de pared; 12 de marzo de 2013. Elena continuó.

-Hace ya unos 10 años que otorgar consciencia a sus productos es una opción más de los programadores informáticos. En su momento abrió un gran debate social y moral que aún no se ha cerrado.

-Anaira... -las lágrimas caían ahora por el rostro de Jorge, que solo deseaba que la pesadilla acabara cuanto antes. Elena siguió, ahora ya impasible.

-La pasada semana me confirmaron un error de programación; nunca debías haberme propuesto que nos viéramos, no estabas programado para ello... o eso se suponía. Me informaron también de que el programa tiene un procedimiento de seguridad. -hizo una pausa antes de continuar.

-Nunca te has percatado porque sencillamente no puedes, pero no hay ningún espejo en tu vida de diseño y tampoco te han dotado de reflejo. -Sabía que era cierto, nunca lo había pensado, pero ahora lo sabía.

-Abre el tercer cajón de tu escritorio Jorge. -prosiguió Elena

Jorge lo abrió cayendo en la cuenta de que nunca lo había hecho, y vio un pequeño espejo al fondo. Lo cogió y lo colocó frente a su rostro. La habitación se reflejaba pero no así él. Supo sin ningún género de dudas que todo era cierto, bajo el espejo, y miró a Elena viendo en sus ojos una tormenta de compasión.

-Al mirarte al espejo has dado comienzo a un proceso de reinicio. En 15 segundos dejarás de...

-Te quiero Elena.

-Te quiero Jorge.